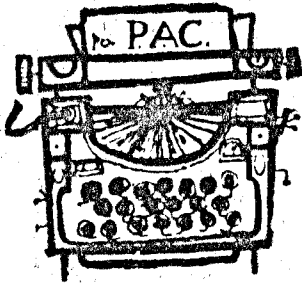


escrito a máquina

Un Comentario a la Ceremonia Del Té



Una de estas noches, en un acto de la Asociación Nicaragüense de Mujeres Universitarias, distinguidas damas de la Embajada Japonesa desarrollaron ante nosotros la misteriosa Ceremonia del Té llamada CHANOYU, pasatiempo estético que llegó al Japón de China —la sutil maestra del Lejano Oriente— pero que fue luego perfeccionado y convertido en un culto del gesto rítmico y de la cortesía del servir bajo la influencia del Budismo Zen.

El "CHANOYU" es una misteriosa lección hogareña, social, de cortesía poética, de vivencia honda de la amistad, de la sencillez y de la naturalidad —naturalidad que se vincula íntima y diáfana con la naturaleza— como se combinan los gestos de la ceremonia con los adornos florales, o con el paisaje del jardín, etc.

La ceremonia está llena de silencios y de gestos: suscita (apenas comienza) una atmósfera de paz y en esa paz y en el ritmo de los gestos y movimientos, la sencilla cosa que es beber té se convierte en un poema: es a la vez teatro y escuela de exquisitez; liturgia y afinamiento del alma para reconocer la verdadera belleza en la sencillez y la naturalidad.

Con el sobrio kimono, en cuclillas —que es el sentado respetuoso para el diálogo— veo a la dueña inclinarse, mover el brazo en danza lenta, tomar la servilleta, limpiar en tres movimientos la "cha-wan" o taza, mostrarla al ojo prudente y atento de la amiga. Ella con esos gestos rítmicos no sólo está limpiando la taza, sino dándole vida al verbo limpiar, y en la suave humildad con que se ejecuta su labor muestra, como en un sacramental, que el hombre en su pobreza humana necesita limpiarse; y, simultáneamente, expresa en gesto, que la amistad se preocupa por limpiar, por servir. Es un lenguaje...

El ofrecer un té a una visita, como antaño se le ofrecía una jícara de chocolate o de fiste, es un acto social que exige, no hay duda, unas ciertas formas, maneras y cortesías de realizarlo, pero, mientras nosotros repetimos esas formas de una manera rutinaria e irreflexiva —utilizándolas solamente como un pretexto para conversar y dialogar— el oriental las dota de un ritmo, se solaza en la propia música o medida de cada gesto, ritualiza el acto y lo realiza como un lento y sugerente juego de ritmos. Nosotros ofrecemos el té en prosa. Los japoneses lo ofrecen en verso.

Nosotros solamente en la esfera de lo religioso somos capaces —y no todos— de captar el valor poético de los gestos y movimientos expresivos. La Misa es una cena que se oficia como un poema. En cambio la ceremonia del té es un corriente "five o'clock tea" que se oficia como una misa.

La prisa de Occidente ha desnudado —ha descarnado hasta el esqueleto— todos los gestos del hombre. A veces, en un gesto fugaz y dramático el Occidental expresa, sin saberlo, un antiquísimo poema mímico. Como por ejemplo, el prisionero o el vencido que levanta los brazos con las palmas de las manos vueltas hacia adelante en un gesto de convencionalismo milenario que significa rendición. Es el signo del hombre que enseña su vaciedad. Es el grito mudo del que se muestra —en un solo gesto— indefenso, IN-OFENSO y crucificado en la voluntad del otro. Con el mismo gesto milenario ora el bizantino y el cartujo, y el mismo gesto hace el sacerdote al implorar a Dios en el cánon de la Misa: es el gesto de rendición ante Dios.

En la ceremonia del té, cada gesto tiene un misterioso mensaje, porque en verdad, todo gesto es palabra, todo gesto es poema. La danza es eso: ritmo de gestos. Las visitas japonesas de la ceremonia del té atienden y recitan el lenguaje de los gestos. Asistiendo al rito japonés del té cobran todo su sentido las páginas de nuestros cronistas cuando refieren las ceremonias del beber o del fumar en nuestras culturas indígenas: Aquel pasar del huacal grande —que cuenta Oviedo— de mano en mano. Y cada uno sólo toma dos o tres sorbos, y luego el chupetazo del puro, y todo con ritmo, "tañendo entre ellos con las palmas un atabal... e cantando otros".

Y cobra sentido también aquella liturgia del chocolate —todavía viva en el siglo pasado en las familias nicaragüenses— con las jícaras labradas, las servilletas como manípulos, los braseros de plata, el pan de rosa en agua y los ofrecimientos y cortesías que leemos en los sorprendidos viajeros. Era todavía un rito.

Hemos ido perdiendo música. Secando nuestros actos, despojando de ritmo los movimientos expresivos del hombre.

En la Misa es importante la liturgia del gesto. En la ceremonia del Santo Agape los cristianos primitivos indudablemente trataron de conservar y transmitir los gestos de Cristo en su última cena. Realmente, en el momento céntrico del sacrificio —a la hora de consagrar— el sacerdote repite las palabras y algunos gestos del Señor ("tomó el pan en sus santas y venerables manos, y alzando los ojos al cielo" ... etc.). Sin embargo, qué cantidad de culturas, usos, expresiones raciales distintas se han ido acumulando y variando esos gestos en dos mil años de Misa? El "unir las manos" —por ejemplo— es entre nosotros símbolo de rezar, gesto de oración. A pesar de ello Cristo y los apóstoles para rezar no unían las manos; las alzaban como David. Las manos

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

juntas es una actitud hindú que nos llegó a través de las cortes carolingias "siguiendo el mismo camino que el órgano ofrecido a Carlo Magno por Haroum-al-Rachid, instrumento musical que, poco a poco, se fue instalando en nuestras iglesias".

A nosotros los cristianos nos queda todavía —en la deshumanización y despoetización del mundo actual— esa escuela y vivencia de cortesía que es la LITURGIA. Nos queda todavía la Ceremonia del Pan. Allí podemos todavía aprender a devolverle al gesto su profundo lenguaje de elegancia, de cortesía espiritual, de paz. Aprender a decir desde adentro el "Dominus Vobiscum" —el saludo le da y reconoce señorío— o el Pax tecum —que es palabra en beso de pacificación. Escuela "zen" del trato sencillo, del trato hermano que no sabemos aprovechar, que los mismos sacerdotes echan a perder con frecuencia, porque no se poseionan de sus propios gestos ni aprender a hablar su muda y poética lengua . . .

Los gestos de los hombres son el resultado de la cultura ambiental. La vulgaridad donde primero aflora es en los gestos. Ya el Eclesiastés bíblico, con su divina sicología decía hace milenios: "El modo de vestir, la risa de los dientes y el caminar del hombre revelan su interior".

El gesto de una mano es con frecuencia índice de toda una educación, o más aún, de toda una personalidad. La jayanería manotea. La galantería es amanerada. Juegos de manos . . .

Educar el gesto no es, pues, una empresa superflua: es obra interior: educa el alma.

Recordemos, también, que después vienen tiempos en que las palabras se vacían o ya no son operantes. Entonces surgen los gestos. Entonces es el tiempo de los gestos. Del gesto de valor. O del gesto de rebeldía. O del gesto pacificador . . . Pero, si el gesto es turbio, o siniestro, o bronco ¿qué trae, qué crea, qué construye?

Héroes hay cuya mano torpe sólo produce caos . . .

PABLO ANTONIO CUADRA